

TEXTOS ESCRITOS DESDE LA EXPERIENCIA

**TALLER DE NORMA Y ESTILO EN LA REDACCIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

**Sylvia Gloria Agudo Comín
Pedro López Pérez
Ángel López de Murillas Baroja
M^a Pilar Maynar Fernández
Amelia Milla Bozal
Luisa María Osanz Lorón
José Otal Navarro
Mario Paz Castro
Carmen Peña Contamina
Amalia Rozas Jaría
Antonio Sanmartín Arbués
Carmen Vélez Berdejo**

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	2
CUENTOS	4
– <i>El jardín secreto</i> , por Sylvia G. Agudo Comín.....	4
– <i>Chispa Baturra</i> , por Sylvia G. Agudo Comín	6
– <i>La cigarra y la hormiga</i> , por Pedro López Pérez.....	7
– <i>Una vida, dos infancias</i> , por Ángel López de Murillas Baroja.....	10
– <i>No era para ella</i> , por M ^a Pilar Fernández.....	15
– <i>Las tres naranjas del amor</i> , por Amelia Milla Bozal.....	17
– <i>Sueño de atardecer</i> , por Luisa M ^a Osanz Lorón	19
– <i>El castillo de Loarre</i> , por José Otal Navarro	21
– <i>Recordando mi niñez</i> , por José Otal Navarro.....	24
– <i>El cepo de tableta</i> , por José Otal Navarro.....	28
– <i>El paciente privado</i> , por Mario Paz Castro.....	31
– <i>El sastrecillo valiente</i> , por Carmen Peña Contamina.....	33
– <i>El torreón</i> , por Amalia Rozas Jaría.....	34
– <i>Mi perrita Lana</i> , por Antonio Sanmartín Arbués.....	36
– <i>Ella y el camino</i> , por Carmen Vélez Berdejo.....	38

PRÓLOGO

En este pequeño volumen hemos reunido algunos de los textos escritos durante el año académico 2008/2009 en el Taller de *Norma y estilo en la redacción* de la Universidad de la Experiencia de Zaragoza.

Presentamos un total de quince textos de doce autores diferentes, pertenecientes todos ellos al género literario del cuento. En sus temas, argumentos e incluso recursos estilísticos encontramos una gran influencia de los cuentos tradicionales: intrépidos niños que desobedecen a sus padres en busca de aventuras, animales por los que se siente un gran cariño o a los que se atribuyen propiedades humanas... No obstante, la originalidad está siempre presente, y gracias a ella podemos disfrutar de textos nuevos y sorprendentes.

Sylvia Gloria Agudo nos habla de una niña que descubre los grandes secretos que ocultaba su tío y de la influencia tan positiva que su carácter bondadoso tiene sobre el mismo. También nos divierte mediante la recreación de una anécdota popular aragonesa.

Pedro López, por su parte, ha creado una peculiar versión del cuento de la cigarra y la hormiga, de la que podemos extraer una moraleja tan útil y pertinente para la sociedad actual como la que nos ofrecía el relato original.

El texto de Ángel López de Murillas constituye una intrigante historia que, gracias a sus grandes dosis de originalidad y misterio, atrapa al lector de principio a fin.

María Pilar Maynar ha escrito un entrañable cuento sobre las impredecibles y entrañables motivaciones que llevan a los niños –en este caso, a una niña– a elegir su juguete preferido.

El cuento de Amelia Milla parte del tema tradicional de los tres hermanos que persiguen un mismo objetivo para convertirse en un relato novedoso que nos hace reflexionar sobre la condición humana.

Luisa María Osanz nos narra el peculiar enfrentamiento entre dos grupos de seres pertenecientes al reino animal, las hormigas y las ratas, enmarcado en el sopor de un caluroso atardecer.

José Otal ha escrito tres cuentos: en el primero, el castillo de Loarre, personificado, nos cuenta su propia historia. El segundo constituye una divertida y tierna anécdota de la niñez del autor. Por último, el tercer cuento narra una historia de amor, infidelidad, equívocos y casualidades.

Mario Paz, con su personal sello hispanoamericano, ha creado un divertido relato sobre las dificultades de un médico novato para conseguir sus primeras retribuciones económicas por su actividad profesional.

Carmen Peña ha realizado una bonita versión del popular cuento sobre aquel rey que, engañado por su sastre, salió a la calle sin traje alguno.

El texto que nos ofrece Amalia Rozas trata sobre la infancia, y tiene como eje narrativo la atracción que lo prohibido despierta en los seres humanos.

El relato de Antonio Sanmartín está protagonizado por una perrita, Lana, y por el cariño que su dueño siente por ella.

Por último, Carmen Vélez ha plasmado en un cuento muy lírico y desde una perspectiva un tanto existencialista la aventura, más interior que exterior, de una peregrina del Camino de Santiago.

La edición de este volumen pretende ser un testimonio de la experiencia que mis alumnos y yo hemos vivido durante los meses en los que se ha desarrollado nuestro taller. Tal y como sucedió el curso anterior, me he encontrado con un alumnado deseoso de aprender, con inquietudes lingüísticas y con muy amplios conocimientos sobre literatura, al que tengo que agradecerle no solo su disposición hacia el trabajo, sino, especialmente, el afecto que han derrochado hacia su profesora. He intentado corresponderles procurando compensar mi condición de docente todavía novel con esfuerzo y con la ilusión de quien se sabe privilegiada por tener la oportunidad de desarrollar un trabajo tan satisfactorio como este. Espero haber contribuido con mi labor a fomentar el amor por una actitud tan enriquecedora como es la escritura.

Elisa González Ramos

EL JARDÍN SECRETO

por

Sylvia Gloria Agudo Comín

Érase una vez una niña que vivía con sus padres en una casa bonita y alegre. Pasaban los días y siempre había un motivo para ser feliz, hasta que un día sus padres tuvieron que marcharse de viaje a visitar a un familiar. La tarde en que se fueron, la niña, que se llamaba Eugenia, se entretenía en el jardín y cantaba bonitas canciones. Despidió a sus padres y se quedó con la muchacha que la iba a cuidar durante ese periodo.

Al anochecer, sonó el teléfono y lo cogió la muchacha, que colgó llorando. Los padres de Eugenia habían tenido un accidente de coche y habían resultado muertos. A la mañana siguiente, su tío Armando la fue a buscar, se la llevó a su casa y le dijo: “Tus padres han muerto. Yo cuidaré de ti. Tengo una casa muy grande donde hay doncella, cocinera y mayordomo. Ellos te ayudarán, tú solo tienes que ser feliz. Si quieres, salta, ríe, lo que quieras, hasta puedes llorar. Nadie te dirá nada, nadie te molestará, el tiempo lo cura todo, poco a poco”.

Y así fue, con ayuda de Mara, la cocinera, Berta, la doncella, y Marcos, el mayordomo. Todos la querían mucho.

Pasaron los días y el tío Armando se tuvo que marchar de viaje. Antes de partir, le dijo a Eugenia: “Puedes ir por toda la casa, pero no abras estas dos puertas –y señaló las puertas que eran–. Si las abres, me enfadaré. Solo eso”.

Armando se marchó. Eugenia leía, jugaba y, a veces, lloraba porque se había marchado su tío. Pasó el tiempo y el tío no volvía. Entonces, la niña le dijo a la doncella: “Por favor, ábreme esa puerta”, y la doncella, después de que la niña insistiera mucho, la abrió. Y... ¿qué vieron? Pues un jardín sin cuidar, con su estanque seco y sin peces, las flores secas, sin regar... en fin, un desastre.

La niña pidió ayuda a todos los de la casa para arreglar el jardín. Plantaron flores, muchas flores: petunias, geranios, primulas, rosales, hortensias, margaritas, gardenias... Talaron árboles, echaron agua al estanque, pusieron peces de colores y regaron todo el jardín.

Pasaron los días y Eugenia le dijo a la doncella: “Ábreme esta puerta, por favor”. La doncella, después de que la niña insistiera mucho, la abrió. Dentro había un niño en una silla de ruedas. Eugenia le preguntó:

- ¿Quién eres tú?
- Soy Mario, el hijo de Armando –respondió el chaval.
- ¿Y por qué estás encerrado?
- Porque mi padre no me quiere.
- Bueno, cuando vuelva Armando le preguntaré por qué no te quiere.

Sacaron al niño de la habitación, lo llevaron al jardín y allí se lo pasaron bomba. Entre todos ayudaron a Mario a dejar poco a poco la silla de ruedas.

Al tiempo llamó el tío Armando por teléfono y dijo que volvía a casa. Todo el mundo tenía miedo de que se enfadara por haber abierto las puertas, menos Eugenia. Ella no tenía miedo. Ella estaba muy contenta de que volviera tío Armando.

Y Llegó el día en que éste volvió a casa. Vino cargado de regalos para todos. Eugenia lo abrazó y le dijo: “Yo también tengo un regalo para ti”, y lo llevó al jardín. Armando se maravilló de lo bonito que estaba, les dio a un abrazo a todos y, de pronto, vio a un niño (su hijo), que estaba en una silla de ruedas. Fue hacia él y el niño se levantó y abrazó a su padre. Mario le preguntó: “¿Por qué no me quieres, papá?” Armando lo abrazó, y a Eugenia también, y les contó todo: “Cuando mi mujer vivía, se quedó embarazada. Le gustaba mucho el jardín. Un día se subió a un árbol y se cayó. La llevé al hospital. Ella murió pero el niño se salvó. Te eché la culpa a ti, hijo mío. Reconozco que obré mal, pero ahora comprendo que estaba ciego. Os quiero a todos. Gracias, Eugenia, muchas gracias. Ahora tengo dos hijos. Os cuidaré y os llevaré al colegio. Seremos felices y traeremos niños de vuestra edad para que puedan jugar en el jardín, y nunca más habrá puertas cerradas”.

CHISPA BATURRA

por

Sylvia Agudo Comín

Un día de mucho aire se encuentran el tío Simón y el soldadico recién licenciado de la “mili”, y ésta es la conversación que tienen:

- (El soldadico): Buen aire, tío Simón.
- (El tío Simón): ¡Te digo, maño, que es fuerte!
¡Casi me cuesta la muerte,
con este tremendo ciclón!
- Pues, ¿qué ha sido?
- Pues que iba a ver al hijo del tío “Caparra”,
¡que está malo, de una “garra”
y no se puede mover!,
y, en la plaza de la villa,
al pasar por la calleja,
cayó junto a mí una teja,
que por poco me espaldilla.
Así al pronto, me quedé como aturdido.
- Pero eso le pasa al tío Simón por ser tonto.
- ¡Toma!, ¡pa’ esas cosas no hay “rimedio”!
¿o es que tú tienes el medio de poderla detener?
- Es seguro que nadie se ve en ese apuro
Pues no hay mucho que pensar.
Por el solo se explica
¡Se va un poquito más deprisica
y cae “dispués” de pasar!

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

por

Pedro López Pérez

Un atardecer de verano conversaban una hormiga y una cigarra a la entrada de hormiguero.

– Gracias por alegrarnos el día con tus cantos –decía la hormiga–. El trabajo se hace más fácil para nosotras. Pero deberías pensar un poco en ti misma y recolectar alimentos para no morir de hambre en el invierno.

– El canto es mi razón de ser –contestaba la cigarra– no sabría hacer otra cosa, soy feliz cantando y, si además le alegro la vida a otros, me doy por bien pagada y no me preocupa el invierno, será lo que siempre ha sido. Es nuestro sino.

Y así transcurrió el verano. Mientras las hormigas se afanaban en recoger el grano y las simientes y llevarlos a su despensa, la cigarra cantaba sus más bellas melodías.

Llego el otoño y las hormigas se encerraron en su hormiguero a poner orden en sus almacenes, limpiar su casa y prepararse para no pasar frío.

Un buen día llamaron a la puerta preguntando por la hormiga. Esta salió a abrir y se quedó atónita al ver a su amiga, la cigarra, bajar de un lujoso *Mercedes* y dirigirse a ella diciendo:

– Hola amiga, este verano me oyó cantar un famoso productor de la ciudad y me ha contratado para actuar allí todo el invierno. Me ha hecho una oferta muy generosa y ha puesto a mi disposición su coche para el viaje. Y yo he pensado que podrías venir conmigo. Lo pasaríamos bien.

– Pero... yo no puedo ir a la ciudad contigo y vivir a tus expensas todo el invierno. Mi condición de hormiga trabajadora no me lo permite.

– No tienes que vivir a mis expensas, mis ganancias van a ser tan grandes que me puedo permitir contratarte como mi representante con un sabroso sueldo con el que podrás vivir holgadamente –le contestó la cigarra–. Piénsalo, porque tenemos que partir ya mismo.

La hormiga, que en el fondo estaba deseando marcharse con su amiga, pensó por un momento en las consecuencias de su decisión: ¿Qué diría la gente...? ¡Una hormiga

casquivana!, ¡qué escándalo! ¿Y sus hermanas...? ¿La dejarían volver al hormiguero? Además, lo tradicional es que sea la cigarra la que acuda a pedir ayuda a la hormiga, no al contrario. Ella no podía sentar un precedente de esta índole. Por eso le dijo:

– Me gustaría acompañarte, amiga cigarra, pero nosotras, las hormigas, somos gente muy seria y no podemos involucrarnos en el mundo de la farándula y el vicio. Nuestra reputación quedaría muy dañada y mis hermanas no me permitirían volver a convivir con ellas otra vez. Te deseo muchos éxitos y, cuando vuelvas para el verano, hablaremos largo y tendido de tu aventura. ¿Te parece?

– Está bien, si tú lo quieres así... no insistiré.

Se despidieron cariñosamente. La cigarra subió al coche y se alejó por la carretera mientras la hormiga la miraba con envidia.

Pasó el invierno y cuando llegó la primavera, la cigarra regresó de la ciudad deseosa de ver a la hormiga y contarle sus éxitos e inmediatamente fue a buscarla. Pero encontró un panorama desolador. El lugar era irreconocible. Las hierbas que el verano pasado proporcionaban sombra y cobijo habían desaparecido. En su lugar, un lodazal lleno de plásticos, latas y desperdicios de todo tipo cubría el suelo.

Buscó la entrada del hormiguero pero no pudo encontrarla. Durante un buen rato deambuló de un lado a otro llamando a su amiga sin éxito. Por fin, una débil voz le contestó a lo lejos. Provenía de un ser depauperado y famélico que con mucho trabajo se arrastraba por el lodazal en busca de algún alimento que llevarse a la boca. A la cigarra le costó reconocer a la hormiga que había dejado el verano pasado.

– ¿Qué ha ocurrido? –le preguntó.

– Ha sido espantoso, amiga cigarra –le contestó la hormiga–, primero fue la nieve, montañas de nieve encima del hormiguero; después, el frío, era muy intenso y muchas de mis hermanas sucumbieron a él, y, por último, el agua. Con el deshielo, torrentes de agua arrasaron el hormiguero y sus alrededores y dejaron tras de sí el panorama que estás contemplando. Si supieras cuántas veces me he acordado de ti. ¡Ójala hubiese aceptado tu oferta! ¡Cuánto sufrimiento me hubiese ahorrado si no hubiese hecho caso de tantos prejuicios sociales!

– Y... ¿qué piensas hacer ahora?

– Si he de serte sincera, en mi situación, ya me había resignado a mi suerte y pensaba que no te volvería a ver... Pero ahora tu presencia me da ánimos para seguir adelante, así que voy a tratar de reunir a todas las hermanas que pueda encontrar y juntas volveremos

a excavar un hormiguero en lugar más seguro. Y si tú nos acompañas con tus canciones, creo que podremos terminarlo antes del invierno.

– Cuenta con ello, amiga –le contestó la cigarra.

MORALEJA:

**Si bien el trabajo sigue siendo lo primero,
también es importante lo que lo hace llevadero.**

UNA VIDA, DOS INFANCIAS

por

Ángel López de Murillas Baroja

El miércoles 14 de mayo de 1986, la cadena finlandesa LJV TV (Lepo ja viihde TV - Descanso y diversión TV) comenzaba a emitir desde Helsinki un nuevo programa-concurso de nombre AIKA MATKUSTAA (Viajemos en el tiempo), en el que se buscaban personajes “mediums” cuyos testimonios pudiesen demostrarse como ciertos, o en su defecto, muy próximos a la realidad.

Eran las seis de la tarde cuando una de las llamadas, hecha por una joven participante, salió al espacio. Provenía de la pequeña localidad de Lahti, cercana a la capital, Helsinki. La presentadora del programa, Erika SORAINEN, conversó en antena con la chica, llamada Jette TERNBETULOA, de 21 años de edad.

Jette relató su experiencia: ella explicó que había vivido hacía casi dos siglos en un pequeño pueblo de un lejano país de Europa, del que recordaba muy difusamente algunos detalles:

- *En la entrada a ese pueblecito había dos figuras de piedra gigantescas que recordaban a una pareja de caminantes.*
- *Un pequeño río dividía el pueblo en dos mitades, existiendo casas a ambos lados. El río podía atravesarse por dos puentes.*
- *Había dos templos cristianos, uno en cada lado del río; en la margen izquierda, uno grande, y en lo más alto del pueblo y en la margen derecha, otro pequeño y con unos detalles de cerámica azules en su fachada.*
- *Dos viejos molinos decoraban la margen izquierda del río (Jette no pudo precisar su función).*

Jette creía que su apellido de aquella época podría haber sido algo así como BEAMONDE, BOMONTE... Ella presentía que en su apellido actual podrían estar las letras necesarias para escribir el nombre de la población a la que estaba refiriéndose.

Con estos datos, el equipo del programa tendría que investigar los posibles puntos de población en Europa que respondieran con la mayor precisión posible a la descripción de Jette. Fácil no era la tarea, pero tenían ante sí abundantes pistas iniciales para comenzar la investigación. Los gigantes de piedra, el río divisorio, los templos cristianos, uno de ellos con el detalle de la cerámicas azules...

Comenzaron al siguiente día, 15, la búsqueda sobre mapas muy completos de todo el continente europeo. Se obtuvo una gran cantidad de nombres de poblaciones que respondían a alguna de las características mencionadas por la “médium”. De esta serie de nombres, seleccionaron los que se podían escribir con las letras del apellido de Jette, que era *TERNBETULOA*, y reunían varios de los condicionantes expuestos por ella. Se obtuvieron dos resultados.

La responsable del programa, Erika, mandó que se comenzase el trabajo de comprobación del testimonio de Jette por el pueblo más cercano a Helsinki. Había río, dos iglesias (aunque sin cerámicas azules) y tenía molinos (uno). No tenía gigantes de roca que recordaran a paseantes, pero sí tenía montañas que lo cercaban... estaba en Austria y su nombre era LEOBEN.

Todo el equipo del programa de la LJTV, junto con la concursante, se personó en Austria, y pronto Jette descartó que ese pueblo fuera el que ella había conocido casi dos siglos antes.

El siguiente nombre de la lista también se podía escribir con las letras del apellido, y estaba en Europa, muy alejado de Finlandia, en España... Su nombre era AUTOL.

Para no hacer nuevamente un largo viaje baldío, Erika trató de ponerse en contacto con alguna institución de AUTOL, y recabar información que le ofreciese algún detalle coincidente con la exposición de Jette. Recurrió al Ayuntamiento de la localidad, y desde allí la remitieron a Don José I. HERNANDEZ, gran conocedor de la historia y geografía del pueblo.

Tras una conversación que mantuvo con el Sr. HERNÁNDEZ, Erika comprobó que, efectivamente, esta vez podrían estar cerca de la verdad del relato de Jette.

Por encargo del equipo de Erika, una agencia de investigación buscó si en los registros civiles de La Rioja existió alguna vez en AUTOL un apellido que “sonara” como *BEAMONDE* o *BOMONTE*. A pesar de que este apellido ya no existía allí y nadie tenía recuerdo de que hubiera existido nunca, se encontró en un registro civil del Gobierno de La Rioja que, en el año 1814, se registró en AUTOL el nacimiento de una niña a la que se puso el nombre de Claudia y por apellido BEAUMONT, así que, nuevamente, el equipo de TV del programa, junto con Jette, se puso en marcha hacia España y hacia un destino en concreto: AUTOL.

El martes día 3 de junio de 1986 llegaron a AUTOL Erika SORAINEN, el realizador de su programa, dos cámaras del mismo y la joven “medium” Jette

TERNBETULOA. Yo, avisado por el Sr. HERNÁNDEZ de la llegada de los finlandeses, me presenté también en el pueblo, muy dispuesto a vivir las emocionantes experiencias que podrían derivarse de esta visita.

Desde el mismo instante en que Jette pisó suelo del pueblo, la sorpresa de los que conocíamos los motivos del viaje fue mayúscula y la sensación que nos embargaba a todos era una mezcla de admiración, miedo, fe religiosa ... Jette pareció entrar en un estado sensorial no humano y, asomando por sus ojos azules lágrimas de recuerdos anteriores, reconoció todos los detalles de su explicación e identificó el viejo molino de aceite, trujal de la “Fuente de la Higuera”, del que solamente existían ya las últimas piedras, como la casa donde ella decía haber vivido su infancia en aquellos años.

No dudó al reconocer la Iglesia Parroquial, erguida en lo alto del pueblo en la margen izquierda del río, la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, pequeña y con sus ojivas elípticas cubiertas de cerámica azul, los gigantes de piedra en la entrada a AUTOL por la carretera de Arnedo, Picuezo y Picueza, el río con sus dos puentes antiguos, a los que ahora se añadía uno moderno, y hasta una vieja y artística cornisa de madera en un caserón muy antiguo en la calle del Carasol reconoció al verla. Aún quedaban pequeñas cosas de entonces que hacían revivir los viejos recuerdos de Jette.

Dos días después, todo el equipo de la TV finlandesa partió hacia su país. Jette dejó llorando el pueblo de su primera infancia y a la vez se fue contenta por haberlo vuelto a recuperar después de transcurridos casi dos siglos.

Esta es la historia acontecida y así la he contado

... pero...

¿tenía aquello alguna explicación racional?, ¿fue realmente Jette una niña que tuvo dos infancias separadas por dos siglos de tiempo?, ¿había yo convivido con una persona que se había encarnado al menos dos veces?, ¿era todo un sueño?

Durante unos días, yo no salía del aturdimiento por la experiencia vivida. Trataba de encontrar una explicación racional que me devolviera a la realidad. Hasta recorrí tres veces el camino que había hecho Jette en AUTOL, intentando descubrir “algo”.

De pronto, comencé a verlo claro. Esa seguridad de Jette en encontrar sus recuerdos como si los tuviera “planificados” de antemano me hizo pensar en que,

efectivamente, ella sabía adónde dirigir sus pasos con precisión... como sucede cuando nos dirigimos a un lugar que previamente hemos estudiado en un plano.

¿Podría suceder que Jette fuera una persona como cualquiera y que hubiera conseguido su *poder paranormal* del estudio de un plano de AUTOL realizado en los primeros años del S. XIX, sobre 1814? ¿Era esta suposición posible?

Me dirigí al archivo parroquial de AUTOL y repasé todos los registros de los libros que recogían los nacimientos durante los años 1813 al 1816. Eran treinta y siete registrados y... ¡¡ allí estaba !! “**20 de noviembre de 1814, Claudia BEAUMONT PEÑALVA, hija de Laurence BEAUMONT y Elisa PEÑALVA**”.

Ya tenía yo en la mano el hilo conductor que podría llevarme a la respuesta del misterio de la reencarnación de Jette. Ahora, solamente tendría que seguirlo y encontrar lo que hubiera.

Y eso es lo que hice. Tras no pocos esfuerzos y visitas a diferentes archivos civiles y militares, logré descubrir que Laurence BEAUMONT fue un oficial de los ejércitos de Napoleón que llegó a España en el año 1809 para colaborar en el segundo sitio a la ciudad de Zaragoza. Su misión en el ejército era la de levantar planos de las ciudades que constituían objetivos militares que pudieran facilitar su conquista. Laurence estuvo en los inicios de 1809 en Zaragoza y, en el mes de marzo de ese año, fue reclamado por el General francés Lavoiser para dirigirse a Vitoria, donde se precisaba su colaboración.

En el trayecto hacia Vitoria, por casualidad, fue herido gravemente por unos guerrilleros, patriotas españoles, en Alfaro, Dándosele por muerto, pudo huir y terminó refugiándose en AUTOL, en la casa de los padres de Elisa PEÑALVA. Allí se debatió durante unos meses entre la vida y la muerte y, superando esta fase de gravedad, tardó casi cinco años en restablecerse totalmente. El grueso del ejército napoleónico ya se había retirado de España para entonces.

Laurence, muy agradecido por la ayuda desinteresada de la familia PEÑALVA, se casó con Elisa, hija única, y al quedar huérfana dos años después, se marcharon los tres, el matrimonio y una hija que habían tenido hacía dos años, a vivir a Francia con la familia de Laurence, terminándose de esta manera definitivamente los lazos de relación física que mantuvieron con AUTOL.

Visité el pueblo de Laurence en Francia, donde unos lejanos familiares suyos me contaron como este, para mantener vivo el recuerdo de AUTOL en su esposa Elisa y en

agradecimiento a la tierra que le acogió y le salvó la vida, dibujó un plano muy detallado de AUTOL que tuvieron siempre presente como un verdadero tesoro.

Laurence murió en Francia el año 1832 y en 1840 su mujer, llevando consigo su plano de AUTOL, se trasladó a vivir a Finlandia, pues allí vivía su única hija, Claudia, que se había casado con un abogado de aquel país.

El “tesoro” dibujado por Laurence pudo existir, al menos, 172 años después de haber sido realizado. Aún hoy, varias generaciones después, no tengo ninguna duda de que sigue existiendo.

NO ERA PARA ELLA

por

María Pilar Maynar Fernández

Ya había terminado el curso. Pilarín estaba preparando sus cosas para ir a pasar el verano, como todos los años, a casa de sus abuelos. Había seleccionado algunos juguetes: el saltador, el diábolo, una muñeca de las bonitas y la bicicleta, que le resultaba imprescindible para pasar un verano divertido. Con ella podía ir con sus primas a todas las excursiones posibles: a los pinares, donde había magníficas fuentes; al río a bañarse, aunque volvieran a casa teñidas de un barrillo inconfundible, ya que el agua solía pasar por el pueblo bastante turbia; etc.

En su casa de la ciudad había dejado, en el armario de los juguetes, otras cosas. El armario era compartido con sus tres hermanos mayores. Es decir, como siempre ocurre con un armario para cuatro hermanos, aquello era una verdadera "leonera". Por allí aparecían los bolos de uno de ellos, las canicas, el tablero de ajedrez y la caja con los trebejos, los patines, el tren de hojalata con las vías fraccionadas que debían ser unidas a la hora de jugar, los vagones, la locomotora, ruedas de algún artilugio roto... Y, también, su muñeca preferida, una muñeca que llegó hasta ella de forma peculiar.

Un día, visitó a su madre una amiga de la infancia. Había ido a la ciudad a hacer varias compras. Entre ellas, adquirió una muñeca barata, una verdadera pepona, para su hija, de la misma edad de Pilarín. Estaban hablando las dos de los estudios de sus hijos, de las buenas notas de algunos de ellos, de esas mil cosas que se cuentan las amigas, cuando llegó Pilarín del colegio. Entró al cuarto de estar; saludó, cariñosa, a la amiga de su madre, les dio un beso a las dos y Obdulia, aquella señora, le dijo: "Mira; Pilarín ¿qué te parece?". Y, sacando de un bolso una muñeca pequeña, de cartón piedra, de coloretes y con el vestido pintado, se la enseñó. Pilarín, sin más, le dijo dándole un beso: "¡Muchas gracias!". Obdulia, muerta de risa, le decía a su amiga que esa muñeca, barata y feotona, la había comprado para su hija. De haber pensado en Pilarín, le hubiera regalado otra mejor. La niña se la quedó, era suya y ya nadie se la iba a quitar. Desde entonces, fue su muñeca preferida: le contaba cosas, no tenía la monserga de cuidarla escrupulosamente como a las "bonitas" y caras.

Mientras pasaba el verano en casa de sus abuelos, la dejó en el armario de los juguetes y, a la vuelta, su madre, cansada de ver aquella "leonera", aquel amasijo de trozos de vías, ruedas sueltas y alguna porquería más, se quejó de nuevo. Resultado: la

pobre muñeca desapareció. Para Pilarín fue un disgusto enorme. Ya no tenía a quién contarle sus cosas y nadie la escuchaba tan atenta, mirándola con aquellos ojos suyos, mal pintados en la cabecita de cartón piedra.

LAS TRES NARANJAS DEL AMOR

por

Amelia Milla Bozal

Érase una vez, en un país muy lejano, un rey que tenía una hija y al que no le gustaba ninguno de los pretendientes de ésta. Al fin, cansado y con ganas de que su hija se casase, proclamó un edicto para convocar a todos los jóvenes de su reino. Éste decía así:

– El que me traiga las "tres naranjas del amor" se casará con la princesa.

Mientras tanto, en un pueblo muy pequeño perdido en las montañas, había un matrimonio que tenía tres hijos. El mayor era un grandullón, un "sabelotodo"; el mediano no sabía que tenía que trabajar y, por ello, no lo hacía nunca; y el más pequeño era cariñoso y siempre estaba deseoso por complacer a sus padres. La madre ya no sabía qué hacer con ellos. Pero, he aquí el día en que oyó el edicto.

Corriendo, llegó a su casa y se lo dijo a sus hijos. Todos contentos, se veían en palacio, casados con la princesa. La madre les preparó los morrales con comida suficiente para pasar varios días de camino.

Los tres salieron muy contentos y cada uno se fue por un camino diferente. El mayor ya llevaba varios días en camino cuando se encontró un anciano que le dijo:

– ¿Adónde vas?

A lo que el muchacho le respondió:

– Voy a encontrar las "tres naranjas del amor" para casarme con la princesa.

– ¿Qué llevas en el morral?

– Llevo piedras.

– Pues nada, muchacho, sigue, sigue...

Cuando se sintió cansado y hambriento se sentó en el suelo, fue a sacar la comida y, en vez de esta, se encontró con que el morral estaba lleno de piedras... Malhumorado, tiró todo y, cansado y hambriento, se volvió a su casa.

Más adelante, iba por el camino el mediano, y se encontró con un hombre muy mayor que le preguntó:

– ¿Qué llevas en el morral muchacho?

Y este contestó:

– Espinas

– Pues espinas llevarás.

Ya llevaba mucho andando cuando se sintió cansado y, como el mayor, se sentó a comer. Cogió el morral, metió la mano y la sacó toda llena de espinas. Hambriento y cansado de no encontrar las "tres naranjas del amor", se volvió a su casa.

Mientras, el pequeño iba cantando y pensando en todo lo que a sus padres les daría si se casaba con la princesa cuando le salió un señor muy mayor de entre unos matorrales y le preguntó:

- ¿Adónde vas muchacho?
- A encontrar las "tres naranjas del amor" para casarme con la princesa.
- ¿Qué llevas en ese morral?
- Comida que me ha puesto mi madre para el camino... ¿Quiere?
- No muchacho. Sigue por este camino y encontrarás otra senda enfrente. Sigue por la derecha y ahí las tendrás.

El muchacho hizo todo y encontró el árbol con las tan ansiadas "naranjas del amor" y, todo contento, se fue a entregárselas al rey. Éste le dio la mano de la princesa. Se casaron, fueron muy felices y, como en todas las historias, comieron perdices.

SUEÑO DE ATARDECER

por

Luisa María Osanz Lorón

En el atardecer, en parte del planeta hacía un calor bochornoso. En la vegetación se oía el crujir de las hojas secas, la tierra tenía un aroma a clorofila. En la superficie no se veía un ser vivo.

Una legión de hormigas se instruía en la defensa de sus compañeras. Formaban grandes escudos de color azabache con los esqueletos de sus guerreros caídos. Fortificaban toda la ciudad con enormes muros amalgamando la tierra con su espesa saliva.

El peligro era inminente. El Ghorm (así se denominaba el jefe de las hormigas) se movía nervioso; sí confiaba en sus delegados, pero sabía que, aunque sus vidas no peligraban, sí lo hacían sus casas. De pronto, un rumor se empezó a transmitir por las capas de la tierra. El sonido era atronador.

Las crías estaban aisladas por montones de paja hilada, que confería una gran protección.

El ejército empezó la maniobra de ponerse en guardia. El rumor era más ensordecedor cada vez y, en un momento, aparecieron cientos de patas grises y hocicos con grandes antenas que rastreaban por donde pasaban. Con la cavidad bucal puntiaguda levantaban la tierra y con las patas pisoteaban la gran ciudad. Estos no renunciaban a atacarla y no respetaban el pacto anterior de no agresión que sus antepasados habían hecho con sus “enemigos”.

Todo parecía hundirse inminentemente. Pero, a la orden certera del Ghorm, las hormigas accionaron los grandes escudos. Los invasores se desorientaron: ni el olfato, ni el tacto les mostraban a sus radares orientación alguna. Las ondas que emitían los escudos protectores eran muy potentes, llegando incluso a provocar ataques entre grupos del mismo ejército invasor.

Poco a poco fueron retrocediendo; no podían seguir con ese desastre y ocupar los terrenos ya horadados para formar las madrigueras de sus futuras crías, ¡eran ratas!

El Ghorm dio orden de levantar el estado de alarma. Las hormigas se habían salvado y las obreras ya empezaban la reconstrucción de las galerías...

Mas, de pronto, un rayo de sol y una suave brisa me despierta. Miro asombrado y descubro cómo las hormiguitas siguen portando a sus espaldas briznas de paja.

Aparece mi mujer trayendo unos vasos con refrescos; hace una tarde acogedora, la miro con embeleso, me acerco a ella y mi mano se posa en la espalda e instintivamente baja un poco más... y pienso la suerte que tengo de ser feliz con mi familia.

EL CASTILLO DE LOARRE

por

José Ota Navarro

Amigo lector, lo primero que voy a hacer es presentarme. Te diré que soy la voz del Castillo de Loarre. Si sientes curiosidad por saber algo sobre mí, nadie mejor que yo te podría relatar mi historia.

Verás, si la memoria no me falla después de tanto tiempo, la fecha de mi nacimiento podemos situarla allá por el año 1020, aunque según algunos historiadores el periodo de mi gestación sobre las entrañas de la madre sierra que lleva mi propio nombre (Loarre) se retrotrae a los tiempos de los romanos.

Quien habría de ser mi procreador andaba buscando un sitio idóneo donde poder engendrarme y por fin lo encontró al amparo de unos abultados y abruptos peñascos, y allí se produjo mi nacimiento.

Por entonces, estas tierras estaban ocupadas por unos huéspedes extranjeros llamados árabes, y cuya importante y cercana posición estaba enclavada en Bolea.

A raíz de la reconquista del condado de Aragón, fue Sancho el Mayor, rey navarro, quien me mandó construir, y, junto con mi vecino de Marcuello, fui concebido, fundamentalmente, para establecer por estos lares el límite de las fronteras entre los bandos cristiano y musulmán.

Durante su reinado, y en el de su hijo Ramiro I, mi cuidado fue encomendado a algunos señores. De entre ellos recuerdo a un tal Fortuño Aznárez y a otro llamado Lope Garcés. Concretamente, en el periodo en el que me poseía este último, allá por 1057, me vi envuelto en las tramas de la conquista de la plaza musulmana de Bolea, campaña que fue un fracaso.

Sería Sancho Ramírez, hijo del rey Ramiro, quien, en 1070, me engrandecería notablemente, y pasé de ser mera fortaleza a convertirme en monasterio, con el nombre de San Pedro, para dar cobijo a religiosos de la orden de San Benito. Pude presumir de que mi esbeltez, como monasterio, superaba a San Juan de la Peña y a la propia Abadía de Montearagón. No obstante, cuando esta última cogió más auge, al ser decidida su fundación como monasterio, perdí protagonismo y pasé de nuevo a depender de la corona aragonesa.

Estando confiado a Fortuño López, el Rey Pedro I decidió atacar Bolea (año 1101), y de nuevo me encontré envuelto en guerra, puesto que desde dentro de mis murallas partieron los ejércitos que yo cobijaba, junto con los procedentes de Marcuello, Ayerbe, Aniés y Huesca, a presentar batalla a los musulmanes de Bolea, y esta tuvo que rendirse.

A principios del siglo XIII, Pedro II, el Católico, encarceló en mis mazmorras al Vizconde Guerau de Cabrera, que ambicionaba el Condado de Urgel.

A partir de 1225, Jaime I, el Conquistador, quiso recobrarme para la corona, pero estando defendido por un tío suyo, el infante Fernando, y por Pedro Cornet, desistió de asaltarme.

Apaciguado el reino, volví a la corona con Jaime I, quien encomendó mi custodia a los frailes del Hospital de San Juan de Jerusalén. Para ello, los vecinos tuvieron que tributar a los Hospitalarios con 50 cahíces de trigo y otros tantos de ordio (cebada).

En el año 1287 estaban latentes las escaramuzas de "La Unión", conflicto que algunos nobles tenían con el rey. El Señor de Eyrebe, que era cabecilla de aquellos, junto con otros adversarios, me atacó y saqueó, y mató y prendió a muchos de mis moradores.

En el siglo XIV, pasé por las manos de varios alcaides hasta que Alfonso IV, el Benigno, confió mi custodia a los loarreños y les concedió la libertad. No obstante, pocos años duró esta situación, ya que su sucesor, Pedro IV, el Ceremonioso, en el año 1357 me vendió a Pedro Jordán de Urrés por 12.000 sueldos. Este mismo señor compró en 1360 la baronía de Ayerbe por 10.000 libras jaquesas.

Unos años más tarde (1381), la corona me recuperó, pero los propios vecinos tuvieron que pagarle a Jordán de Urrés 150.000 sueldos, si bien con ello consiguieron algunos privilegios.

Las guerras que Aragón tenía con Italia (año 1408) obligaron a Martín I, el Humano, a vender varias villas, aldeas y castillos, y entre ellos me encontraba yo. Al morir este monarca sin descendientes, se planteó el problema de la sucesión, que se salvó con la elección de Fernando de Antequera, en el famoso Compromiso de Caspe (corría el año 1412).

El Conde de Urgel, aspirante al trono, no conforme con ese nombramiento, se levantó en armas y, junto con Antón de Luna, aliado suyo, mantuvo su rebeldía. El rey conminó a Antón a que depusiese las armas, pero, ante su negativa, las tropas reales me sitiaron y poco después los defensores hubieron de rendirse.

Mi defensa estaba encomendada a Violante de Luna, prima y, al parecer, amante del propio Antón. Una vez forzada la rendición, después de varios meses de resistencia, estuvo recluida en mis dependencias. No obstante, pudo recobrar su libertad gracias a su pariente, el Papa Luna. Esta enérgica mujer era Abadesa del monasterio cisterciense de Trasobares, pero ello no le impidió tener un hijo, del cual se supo que paseaba cogido de la mano de su madre por las calles de Ayerbe.

Recuperado por la corona, Alfonso V, el Magnánimo, me donó a su hermano, el infante Juan, y a Antonio de Luna por los servicios que le habían prestado en la conquista de Nápoles. Poco después, este último cedía mi posesión, junto con la baronía de Loarre, a los Urrés de Ayerbe.

A principio del siglo XVI trasladaron la parroquia que hasta entonces había estado en mi interior a la Nueva Villa, que se había formado al pie de la sierra, lo que supuso que me quedara casi desierto y, en cierta medida, a partir de ese momento, mi existencia pasó prácticamente desapercibida.

A finales de ese mismo siglo varias fortalezas aragonesas recibieron la orden de su desmantelamiento y posiblemente yo me salvara de la demolición gracias a los Urríes de Ayerbe, a quienes pertenecía en esa época, que estaban bien considerados por el entonces rey Felipe II.

Durante la guerra de Sucesión, tan solo pequeñas fuerzas de soldados reales me ocuparon, en periodos de corta estancia. En la de Independencia, alguna partida de guerrilleros me utilizó muy esporádicamente.

A todo lo antedicho debo añadir, con todo orgullo, que son muchos los autores que han hablado sobre mí, citándome como el más prestigioso de los castillos aragoneses y uno de los monumentos más extraordinarios del arte románico español.

Además, ¿por qué no decirlo?, últimamente he podido pavonearme en varios medios de comunicación, luciendo mi tipo, por haber sido elegido para el rodaje de una película, *El Reino de los Cielos*, motivo este que ha servido para darme a conocer en otros lares, y, consecuentemente, han sido muchos quienes han venido a visitarme y espero que aún sean muchos más lo que vengan y gocen de mis encantos.

RECORDANDO MI NIÑEZ

por

José Otal Navarro

Quien diga que siendo niño no ha cometido ninguna travesura, o es corto de memoria, o no está diciendo la verdad, pues casi todos, de críos, en algún momento hemos sido como pequeños diablillos. Pasados ya cincuenta y pico de años, haciendo memoria, a la cabeza me viene una de las proezas que, junto con otros niños, hicimos cuando estábamos en la edad escolar.

El relato que voy a contar ocurrió en Eyerbe, pueblo en el que habíamos nacido y en el que por entonces vivíamos. Tendríamos unos diez años de edad.

Casi todos los días, al salir de la escuela, solíamos juntarnos una cuadrilla de chicos para jugar, bien en la plaza o bien por el alto de las eras.

Una de las tardes, Manolo, que era el líder del grupo, tuvo la ocurrencia de decir: "Sabéis, he podido comprobar que en un huerto, cerca del Puntarrón, hay una manzanera llena de manzanas. Tan maduras se ven que los ojos se van detrás de ellas".

No tuvo nada más que añadir. Todos sabíamos lo que teníamos que hacer. La boca se nos hacía agua pensando en el atracón que nos íbamos a dar.

Llegados al punto referido, después de echar una ojeada para comprobar que nadie había por las cercanías, de un salto nos metimos dentro. Estábamos subidos en lo alto del árbol, cegados, cogiendo y comiendo las mejores manzanas (aunque, a decir verdad, destrozando mayormente) cuando oímos una voz que decía: "¿Están buenas las manzanas o qué? ¡Meca!". Tiesos nos quedamos viendo, debajo del manzano, al dueño del huerto, con un garrote en una mano, y más cuando sabíamos las malas pulgas que tenía.

—A mí no me coge —dijo uno.

—Pues anda que a mí... —pensamos los demás.

Así que, de un brinco y cuatro zancadas, de cabeza, nos capuzamos al otro lado de la tapia. Lo malo que allí, además de la acequia, nos estaban aguardando unas acogedoras ortigas y unas bondadosas zarzas. Resultado: piernas llenas de arañazos, culeras de los pantalones hechas jirones y caras y manos hinchadas al haber caído de bruces en tan confortable mullido.

Con semejante estropicio, entrada la anochecida, cada uno, con las orejas agachadas y llenos de miedo, pues pensábamos en la somanta de palos que nos

aguardaba, fuimos desfilando a nuestras casas. Con el culo prieto, diciendo que me dolía la cabeza y disimulando de la forma que mejor sabía, me metí en la cama sin probar bocado.

Después de tres días, cuando la tormenta parecía haber pasado, alguien llamó a la puerta de la escuela. “¿Quién es?” Pues mira tú, ni más ni menos que el señor León, el guarda rural. La cara, del susto, indescriptible. El estómago, pegado en el garganchón, nos ahogaba. Las piernas, con la titiritera que nos entró, parecían tener el mal de san Vito. Maestro y guarda seguían hablando. Por fin, se marchó el señor León. Discurso del maestro: “Entre vosotros hay cuatro rufianes que el otro día cometieron un hurto en un huerto, cerca del Puntarrón, así que, a la hora del recreo, quienes hayan sido, se quedarán aquí conmigo”.

Allí estábamos, como cuatro clavos: Manolo, Baltasar, Fernando y un servidor, cabeza pegada al pecho, esperando que comenzase el sermón.

– Bueno, creo que ya habréis adivinado el motivo de tan inesperada visita, por lo que sobran las palabras y vayamos a los hechos. El dueño del huerto, por las buenas, quiere que le paguéis lo hurtado, cuarenta reales, y que se los llevéis a su casa. Eso, por un lado. Por otro, para que escarmentéis, toda la semana sin recreo. Además, escribiréis cien veces: “Nunca más hurtaré nada”.

Al día siguiente, con los dineros recaudados, llamamos a la puerta del patio del hortelano. Cuando se presentó delante de nosotros, todos, avergonzados, le dijimos:

– Que venimos a pagarle y a pedirle perdón por lo del otro día.
– ¡Coña, mocetes!, esto sí que me sorprende, es la primera vez que veo que unos zagales arrepentidos hagan semejante cosa. ¡Ala!, Id a vuestras casas, que os perdono la deuda, pero nunca más volváis repetir lo que hicisteis.

No habían transcurrido más que cuatro días cuando el guarda se presentó de nuevo en la escuela. El maestro, con mala cara, empezó otra vez con la misma cantinela:

– Los del otro día, que no salgan al recreo. Vaya, vaya, además de ladron, embusteros – es lo primero que nos suelta–. ¿Se puede saber qué retórica fue esa de que el dueño del huerto no os había querido las perras, cuando resulta que ni siquiera fuisteis a verle?
–Eso no es verdad, el señor nos perdonó, y, si no, puede usted preguntárselo.
–Esta sí que es buena, seréis desvergonzados, ahora resulta que el mentiroso será el hombre a quien le quitasteis las cañas de bambú de su propiedad. Que esta tarde mismo vengan vuestros padres a hablar conmigo.

¿Qué era eso de las cañas de bambú? En ningún momento habíamos oído nada sobre semejante cosa. Intentamos hacerle ver que debía de ser un equívoco, que todo sería un enredo. Todo fue en vano. Sin derecho a replica, allí se acabo la conversación.

Mi madre, para eso de los dineros, era más prieta que una acerola: peseta que caía en sus manos, peseta que era condenada a no volver más a ver el sol. Así que, cuando mi padre le comentó lo de que tendríamos que abonar cuarenta reales, a punto estuvo de darle un soponcio.

Los cuarenta reales se tendrían que dividir, para afrontar el pago, en cuatro partes, pero seguramente que cuarenta zurriagazos (uno por cada real) irían a parar, sin ser repartidos, al culo de cada uno de nosotros.

Aquella tarde, después de salir de la escuela, no nos paramos a jugar, y todos, de lo más diligentes, nos marchamos a nuestras respectivas casas. Por el camino me iba encomendando a todos los santos del cielo para que cuando llegase no estuviese mi madre demasiado carrañosa, pero nada más verla con el morro torcido, ya me barrunté lo que me aguardaba.

—¡A ver, bribón! Vega usted aquí, que tengo que pasar cuentas contigo.

Sí, en eso mismo estaba pensando yo cuando vi que, conforme se me iba acercando, traía una mano escondida detrás de la espalda. Amenazaba peligro, así que, ¡pies, para qué os quiero!

—¡Rediós!, ¡aguarda, pájaro!, ¡ya volverás a casa!

La oscuridad de la noche; el canto de los mochuelos que parecían decir ¡miiio, miiio!; el rumor intimidatorio de los árboles, al ser agitadas sus hojas por el viento; las sombras, que, proyectadas por el resplandor de la luna sobre el suelo, parecían fantasmas danzando a mi alrededor; este paisaje, junto con el miedo que tenía yo a las brujas, duendes y demás entes malignos, hicieron que decidiera regresar a casa.

Mi estrategia era llegar sigilosamente, en silencio, sin penas hacer ruido, y meterme en la cama. No me sirvió de nada. Solo poner los pies dentro del patio, por detrás de la puerta, y una mano salió dirigida hacia las orejas, mientras la otra ya estaba también ocupada...

El enfado de mi madre lo pagaron su zapatilla y mi culo, puesto que la primera acabó medio destrozada y mi trasero no pudo posarse en casi toda una semana. Además, quedé advertido de que no vería ni una perra gorda en todo aquel verano.

Muy cabreados por la injusticia cometida con nosotros, nos dedicamos a estirar las orejas, como si fuesen antenas, por todos los rincones, para intentar escuchar alguna

conversación que nos condujese a descubrir quiénes habían sido los que hurtaron las famosas cañas de bambú. Estaba claro que el estropicio lo habrían cometido otros chicos al entrar en otro huerto del mismo camino que estaba justo al lado de aquel en el que nosotros habíamos cogido las manzanas.

Por fin, tras de algunas pesquisas, pudimos averiguar quiénes eran los culpables. Después, a base de reiteradas presiones, logramos chantajearlos. Les dijimos que, si no nos daban algunos dineros, divulgaríamos sus fechorías por todo el pueblo. Con semejante treta conseguimos el doble de la cantidad que tuvieron que pagar nuestros padres: ochenta reales.

Las penas, con pan, dicen que son menos penas. A esa misma conclusión llegamos nosotros. Hacía varias semanas que no habíamos recibido paga alguna y las fiestas del pueblo estaban al caer. Semejante recaudación, todo un dineral para aquellos tiempos, nos vino como llovida del cielo.

Durante aquellos días, en las ferias, pudimos montar en los carruseles, hacer puntería en las garitas de tiro y no nos faltaron los petardos, lamine y muchas otras chucherías.

Ahora, transcurridos tantos años, cuando voy a mi pueblo, suelo pasearme por las cercanías del dichoso huerto. Allí, a su vera, me detengo, y tras echarme una risotada, continuó mi caminar, contento, y pienso que de este modo me tomo la revancha por los llores que en aquel entonces me costó.

A mi madre, allá donde se encuentre, en el cielo, seguramente, si es que de verdad existe, le echo un rezo y, sin ningún tipo de rencor, pues nunca lo tuve, le envío un beso. Hasta siempre, te quiero.

EL CEPO DE TABLETA

por

José Otal Navarro

No se habían dado cuenta pero, después de tantos años, la costumbre casi se había hecho obligación; todos los fines de semana, después de cenar, se juntaban en la rebotica de don Julián para echar una partida de cartas.

Esa noche estaban jugando, además del dueño de la casa, el señor Antonio, dueño del molino; don Jesús, el secretario; y don Francisco, que era el ricachón (cacique) del pueblo. Algunas veces también les hacía compañía el cura, mosén Crisanto, pero ese día no estaba, tenía otras cosas que hacer.

Pasada la media noche, terminada la partida, cada uno se marchó a su respectiva casa. El molinero, en el otro extremo de la calle, tomó la ruta que le conduciría a su domicilio, un tanto apartado del pueblo. El susto que se dio fue morrocotudo cuando, en la última curva del camino, vio cruzar un bulto negro, como si fuese un fantasma, bruja, o algo parecido.

En ese mismo momento, en la ventana de la alcoba donde dormía su mujer, una luz acababa de ser apagada. El morro se le torció, recordaba lo que le había dicho esa misma noche el cacique, don Francisco, de muy mala baba, al haberle ganado un buen fajó de dinero: “Cuida al salir por la puerta, no vayas a arrearte un coscorrón y te rompas los adornos que llevas en la cabeza.”

Había oído que el cura, hombre bien plantado (alto, rubio, de ojos azules), traía de cabeza a muchas mujeres del pueblo. El obispo, por lo visto, ya lo había tenido que trasladar de localidad debido, según rumores, a las excesivas muestras de cariño que compartía con algunas de sus feligresas.

Cuando metió la mano por la gatera (agujero hecho en la parte baja de las puertas) para recoger la llave, abrir y entrar en su casa, reparó que no se encontraba en el mismo sitio donde la había depositado al marcharse. De repente, un pensamiento le vino a la cabeza: la misteriosa sombra que había visto un rato antes no podía ser otra que la del cura.

No dijo nada a nadie pero, de una cosa sí que estaba seguro, algo tenía que hacer para cortar de raso con aquella situación. Eso sí, sin llamar mucho la atención, no fuera a ser que se convirtiera en el hazmerreír de todo el pueblo.

A la semana siguiente, un poco antes de terminar con la partida, dirigiéndose a los presentes, les dijo: “Bueno, hoy tengo que marcharme antes, pues he de comprobar si ha caído un zorro en el cepo que he dejado plantado antes de venir a jugar”.

El tunante de mosén Crisanto, agazapado tras unos matorrales, estaba alufando para, tan pronto se marchase el molinero, colarse en su casa, y junto con la molinera, calentar la cama del marido para cuando este regresase de echar de la partida.

Lo que no podía sospechar es que, en el puesto de la llave, el precavido Antonio había dejado plantado un gran cepo de tableta, de esos que se empleaban para cazar ratas. Venga a tantear dentro de la gatera, para ver si encontraba la llave hasta que ¡zas!, el dedo gordo tocó la trampa y esta se disparó. ¡Qué mala suerte!, la mano le quedó pillada por la mitad.

El chillido que dio, por causa del dolor, debió ser fuerte, pero lo que más sentía era no poder sacar la mano fuera de la gatera. El cepo, dado su tamaño, no cabía por el agujero hecho en la puerta

Petra, que así se llamaba la molinera, al oír semejante estrapalucio, bajo corriendo para comprobar qué pasaba. Allí encontró, además del cepo, un charco de sangre y, a su lado, la punta escachada de un dedo.

De tanto estirar para mirar de soltarse, no le quedó al sacerdote otro remedio que dejarse allí la mitad del dedo meñique de la mano derecha.

La molinera, asustada, haciendo de tripas corazón, dejó todo bien limpió, volvió a plantar el cepo y se acostó antes de que regresase su marido.

Este, cuando llegó, encontró todo igual que cuando se había ido. No paraba de rascarse la cabeza, hacer muecas con la cara y encogerse de hombros. Seguramente, se había equivocado al pensar mal de su mujer. Pobrecilla, parecía un angelito, ¡qué gozo daba verla dormida en la cama! Se desnudó y todo feliz se acurrucó bien pegado a ella.

A la mañana del día siguiente (era domingo), ningún vecino del pueblo oyó la campana de la iglesia anunciando el comienzo de la misa. Poco después todo eran corrillos de gentes que se hacían la misma pregunta: “¿Dónde se habrá metido mosén Crisanto?, seguramente estará enfermo en la cama”.

Un poco más retirados, los únicos que no decían nada eran el molinero y su mujer, los dos callados, cada uno a su modo. Algo raro se barruntaban. Dieron media vuelta y se marcharon a casa.

Un día, dos, tres, una semana, otra, y la puerta de la casa del párroco seguía cerrada. En todo el pueblo no se hablaba sino de su ausencia: “¿Dónde se habrá metido mosén Crisanto?”.

También lejos de allí, a más de veinte leguas, las gentes de otro pueblo se hacían otra pregunta: “¿Sabéis quién es ese joven que el mes pasado vino para casarse con la hija del tabernero?”. Ninguno lo sabía. Los parroquianos de la taberna, cuando iban a echarse algún trago, se quedaban mirando a aquel extraño forastero. Algo les llamaba la atención: cuando tenía que

llenar los vasos de vino, al coger el asa de la jarra, solamente lo hacía con cuatro dedos. Le faltaba uno y casualmente era el meñique de la mano derecha.

Años después, veinte más o menos, en las fiestas de la capital (San Lorenzo, en Huesca) coincidieron dos hombres de la misma edad. Cuando se tropezaron, uno frente al otro, los dos se quedaron mirando, parecía como si cada uno estuviese viendo en el otro su propio retrato: altos, rubios y de ojos azules. Pasados unos momentos, cada cual siguió por su camino. Como no se conocían, ninguno dijo nada.

¿Sería casualidad que la naturaleza hubiese querido hacer dos personas tan semejantes? Puede ser pero... ¡Sin comentarios!

EL PACIENTE PRIVADO

por

Mario Paz Castro

No sé si es cuento, relato, narración o suceso esto que van a leer. Digo esto porque, después de buscar estas palabras en varios diccionarios de la lengua española, me doy cuenta de que todas las definiciones son muy parecidas, similares. Por eso escribo esto, que puede ser mitad ficción, mitad invención, mitad imaginación.

¿Cómo no? Quiero empezar con la consabida frase de “había una vez...” un pueblecito (tan pequeño que casi podíamos llamarlo caserío) perdido en las amplias y elevadas serranías de los Andes. Los de allí, a estas zonas las llamamos “punas”. Estaba perdido lejos de toda civilización y disponía de escasos caminos medianamente transitables.

Un médico recién recibido hacía su estreno profesional en un pueblo próximo y sucedió esto que voy a narrar. A altas e intempestivas horas de la noche, fría y desapacible, llegó una persona a su casa, llamó con insistencia y fuerza a la puerta y solicitó con muchísima urgencia su presencia para atender a un niño de unos 6 u 8 meses que lloraba desconsolado en brazos de su madre desde hacía muchos minutos. El llanto del niño es el único medio de comunicación con los mayores.

Es necesario saber este inciso: se trataba de un “aviso particular”, de manera que tenía el carácter de retribuido. Lógicamente, el galeno no sólo se conformó sino que se alegró de dicho aviso. Al fin y al cabo, eran los primeros dineros que iba a ganar con su trabajo y profesión. Se vistió de prisa, con ropa que tenía a los pies de la cama y, al poco rato, llegó, en el coche del padre, al domicilio del niño, que estaba en el pueblecito pequeño antes citado.

Se sorprendió y mucho al ver al bebé vestido de calle, y es que (pensaron los padres), si él no sabía lo que tenía o lo que le pasaba, así ya estaba vestido para ir al hospital.

D. Carlos (nombre supuesto del médico) cogió al niño y lentamente lo puso encima de la cama. Empezó a desnudarlo; al sacarle la “botita” o “zapatito” de uno de los pies, observó que tenía el dedito gordo “doblado”, es decir, en hiperflexión forzada (muy doloroso, ¿verdad?). ¡Dios mío! ¡Mano de santo! El niño dejó de llorar inmediatamente, se sentía liberado, satisfecho, tranquilo y sonriente.

He aquí lo que pasó a continuación. ¡Atención! La madre preguntó “¿Es grave, doctor?” en el preciso momento (coincidencia absoluta) en que el esposo, que tenía entre sus manos la vieja cartera con el dinero, preguntó: “¿Cuánto le debo, doctor?”. Entonces, a D. Carlos le pareció de mejor educación y respeto contestar en primer lugar a la esposa. Miró directamente a la mujer y le dijo: “No se apure, no es nada”. Al oír esto el marido, rápido y veloz como un guepardo, guardó su cartera en el bolsillo trasero del pantalón a la vez que añadía con voz satisfecha: “¡Ah, pues muchas gracias, doctor! Si es tan amable, me acompaña a la puerta y en el coche le llevaré a su domicilio”.

Así resultó o pasó el primer episodio de tipo económico que D. Carlos, quizá por demasiada educación, timidez o vergüenza, sufrió, pero aprendió la lección. A partir de entonces, todos sus pacientes pagaron religiosamente; pero el caso del niño jamás lo olvidó.

La conciencia del médico quedó reforzada.

EL SASTRECILLO VALIENTE

por

Carmen Peña Contamina

Había una vez un rey tan vanidoso que todo su dinero lo gastaba en trajes de ceremonia, y el pueblo sufría mucho a causa de ese despilfarro. Entonces llegó a la corte un sastrecillo valiente, que quería hacer fortuna, y, al ver el desorden en la casa del Rey, se presentó ante él y le dijo que le haría el traje más maravilloso que pudiera existir: un traje invisible.

El Rey vanidoso se puso el supuesto traje en la mayor fiesta del pueblo y salió en procesión. Todos lo miraban atónitos, pero no decían nada –eran cobardes–, solo lo adulaban, hasta que un niño muy pequeño que miraba se rió y dijo: “Mira qué Rey más tonto, va desnudo”.

Se suele decir que solo los niños y los locos dicen la verdad.

EL TORREÓN

por

Amalia Rozas Jaría

Hace muchos años, vivía en un castillo una familia formada por un matrimonio y una niña, la cual se llamaba Isabel y era muy traviesa, inteligente, cariñosa y amaba mucho a sus papás. Estos, por motivos de trabajo, tenían que salir con frecuencia del castillo, y a la niña la dejaban bajo la tutela de la niñera y de la persona que estaba al cargo de su educación.

Pero ella, conforme se hacía mayor, quería más atención por parte de sus padres. Cada día que pasaba notaba más sus ausencias y, por lo tanto, se aburría, y para llenar ese vacío exploraba las partes del castillo que no conocía. Un día localizó una puerta que nunca antes había visto, y les preguntó a sus papás: “¿Adónde va a salir esta puerta?”. Sus papás se quedaron desconcertados, sin saber qué contestar, y le dijeron: “¡Esta puerta está cerrada y no se puede pasar!”. Aquellas palabras dejaron a la niña intrigada, y pensó: “¿Qué se esconderá allí?” pero ya no le dio más importancia y así fueron pasando los días, los meses...

Pero un día, cuando estaba jugando en el jardín y aprovechando que las personas que la cuidaban se habían despistado, se encaminó hacia la parte donde se encontraba la puerta, que tantas veces había soñado con explorar. Se acercó, la miró, y al final se decidió a mover la llave de la cerradura. Con gran sorpresa, esta cedió. ¡Tal fue su impresión, que al verla en ese momento la cerró y se marchó! En aquellos momentos ya la estaban llamando, pues era la hora de seguir con sus clases, de matemáticas y música.

Pasaron varios meses y ella continuaba con el proyecto de atravesar esa puerta, pero nunca encontraba el momento adecuado. Un día, mientras paseaba por los jardines, pensó que esa sería una buena ocasión y se dijo: “¡Voy a cruzar esa puerta! Llegado el momento, sintió una gran emoción, le dio media vuelta a la manivela y la puerta se abrió. Ante sus ojos vio una enorme escalera, que serpenteaba alrededor de la torre y, con una gran exaltación, comenzó a subir los peldaños. Cada vez que miraba hacia arriba, más agitación sentía, la subida se le hacía interminable. En la mitad del trayecto tuvo que pararse a descansar. La subida se le hizo muy larga pero, al fin, lo consiguió.

¡Cuál fue su asombro al ver una puerta!, pues no sabía qué hacer. Por fin llamó y, al poco tiempo, la puerta chirreó y se abrió. En aquel momento la impresión fue enorme, ante sus ojos estaba una bruja de carne y hueso. No le dio tiempo a reaccionar.

La bruja la cogió por los brazos y la llevo a una habitación, la sentó en una vieja silla y le ató los pies y manos. La niña se puso a gritar. Para que callase, la bruja le tapó la boca. Así no la podría oír nadie.

Mientras esto ocurría, llegaron sus papas y preguntaron por la niña. Nadie les supo responder. Mandaron tocar la alarma, y todos los sirvientes se movilizaron y empezaron a buscar por todo el castillo. Entonces, su papa recordó lo que desde hacía tiempo había sido la obsesión de la niña, llamó a dos de sus guardianes y juntos se encaminaron hacia la torre. Nunca creyó que su hija pudiera desobedecerle, pero la torre era la única parte del castillo que faltaba por mirar.

Subieron todo lo deprisa que pudieron y, al llegar, llamaron a la puerta y nadie contesto, pero con unos golpes la puerta se abrió, y allí estaba la bruja. El papá le preguntó: “¿Has visto a la niña?” y la bruja no le respondió. Uno de los guardianes la sujetó mientras el papá, en compañía del otro, se encaminó hacia la habitación y... ¡sorpresa ¡Allí estaba la niña! La desataron y, mientras tanto, el otro guardián tiró a la bruja por la ventana. ¡Nunca se supo de ella! El papa y la hija se abrazaron, lloraron, y ella le prometió: “¡Papa nunca te desobedeceré!

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

MI PERRITA LANA

por

Antonio Sanmartín Arbués

Me llamo Carlos, tengo 27 años y siempre, desde muy pequeño, he tenido mucha sensibilidad hacia los animales. Por tanto, aunque mi casa no era muy grande en mi infancia y adolescencia, recuerdo haber tenido hamsters, pollitos, tortugas, peces, etc.

Terminados mis estudios, me salió un trabajo en otra ciudad y tuve que marchar; dejar allí a mi familia, mis amigos y la gente conocida fue duro. A llegar a otro lugar desconocido y empezar una nueva vida cuesta mucho acostumbrarse. Mi vida consistía en trabajar y relacionarme casi exclusivamente con los compañeros de trabajo. Al volver a casa me invadía una enorme nostalgia junto con una soledad que lo impregnaba todo.

Un día, hojeando un periódico local, me llamó la atención un anuncio de una Sociedad Protectora de Animales que regalaba perros u otros animales, con los únicos requisitos de que te gustaran, los cuidaras y no los abandonaras. El lugar estaba cerca de donde yo vivía, me presenté allí y una de las personas que me atendió fue mostrándome los animales que allí tenían acogidos; había de muchas clases, pero sobre todo perros y gatos.

Me llamó la atención una perrita blanca, de tamaño mediano, con un pelo que parecía lana, que jugaba con otros perritos más pequeños que ella, así que no me lo pensé más. Decidido: esta era la mascota que iba buscando para poner remedio a mi soledad.

El perro llegó a mi casa un poco asustado. Yo trataba de darle buen trato y de hacerle caricias, así que poco a poco fue cogiendo confianza. Había que ponerle un nombre y, entre varios que tenía pensados, me decidí por LANA, haciendo honor al pelo que tenía, similar a la lana de una oveja.

Cuando me iba al trabajo y la dejaba sola, me miraba con tristeza; pero cuando regresaba, me esperaba al lado de la puerta de entrada y me mostraba una alegría tremenda, siempre dispuesta a salir a la calle, al parque o adonde hiciera falta, cosa que, cuando lo hacía, lo agradecía sobremanera: corriendo, cogiendo piedras con la boca y trayéndomelas para que se las volviera a tirar de nuevo... La verdad es que le cogí una gran simpatía al animal, que era muy dócil, fiel y muy agradecido. Ella siempre se ponía a mi lado. Además, contribuyó a que conociera a otras gentes que salían a pasear sus

mascotas por los mismos sitios; o sea, que además de entretenerme, me ayudaba a relacionarme con otras personas.

Para que no estuviera sola cuando yo me marchaba de casa, le traje un día de la protectora un gatito negro precioso, al que puse de nombre "Niko". Al principio se ignoraban pero, pasados unos días, se llevaban bien y jugaban mucho. El perro lamía al gato y éste se tumbaba a su lado. El felino era más hosco y a veces le arañaba. Entonces el perro le perseguía y el gato se refugiaba subiéndose al primer sitio que encontraba en su camino o metiéndose debajo de algún mueble. Después volvía la tranquilidad.

Un día que yo estaba ausente, NIKO abrió un grifo (tipo palanca) y cuando llegué me encontré un charco de agua en la cocina, así que, a partir de entonces, tenía que poner cuando me marchaba un alambre a modo de seguro para evitar cualquier otra avería más grave. También me hacía algún arañazo en los muebles o me volcaba algún objeto que tenía en la mesa. Por ello, a veces le regañaba y él se escondía en cualquier rincón. Una noche, sin motivo, después de vivir un año en mi compañía, se escapó y no he sabido más de él. Me dolió mucho, porque, a pesar de todo, era muy agradable.

Anualmente, se celebra en esta ciudad una Exposición Canina muy importante a la que acuden gentes de diferentes lugares del país. En realidad, más que una exposición es una feria en la que se comercializa todo lo relacionado con el mundo de los perros: collares antiparasitarios, correas, alimentación canina, peluquerías, veterinarios, etc.

Acudí a presenciarla junto con mi perrita LANA, pues me habían comentado que era muy bonita y merecía la pena verla. La exposición no me defraudó, y lo mejor fue que conocí a Marta, una chica de 24 años a la que también le gustan mucho los animales y con la que comencé una relación sentimental que, después de dos años, se ha transformado en un matrimonio feliz.

ELLA Y EL CAMINO

por

Carmen Vélez

Ante sí tenía el paisaje en verde-gris que dejaba ver la luz, escasa todavía en aquel inmenso valle. Sus ojos no alcanzaban el final con claridad; sin embargo, sí le permitían localizar el azul difuso en la silueta de las montañas que lo rodeaban. Respiró hondo, dejó que el aire puro impregnara sus pulmones y se dispuso a descansar, deshaciéndose de la mochila que le molestaba en igual medida que le ayudaba.

Había madrugado mucho, como cada día, y aún era temprano, y de aquel frugal desayuno en el convento no salían ya más energías. Se sentó en el saliente de una roca. Estaba cansada; tenía hambre... Ella sintió otra vez la duda. ¿Llegaría?

Hacía ya mucho tiempo –cuando era joven–, haciendo un viaje por Castilla, había visto dos hombres almorzando en un bar de carretera. Le llamó la atención aquella pareja que comía en silencio y vestía casi como mendigos, pero sus rostros iluminados, alegres, desprendían una energía especial que hacía que no pasasen desapercibidos. “¡Peregrinos, a Santiago!”, –oyó decir, y Ella gravó de inmediato esta expresión en su mente.

Pasó mucho, mucho más tiempo, y esa imagen y esa frase seguían latentes pero interiorizadas. Ella, en su mundo, vivió, trabajó, viajó, se llenó de responsabilidades... en fin, fue pasando su vida; pero en su interior no dejaban de chispear las estrellas de Compostela (Campo de estrellas). Y llegó un día en que se sintió libre de ataduras u obligaciones, y con un mes entero para usar su libertad... “¡Ya está! –se dijo– la ocasión llegó”. Ella sabía qué quería, pero todo lo demás lo ignoraba. ¿Cómo iba a recorrer los 700 Km.?, ¿por dónde?, ¿lo soportaría su cuerpo o su mente?, ¿no sería una insensatez? “¡Venga! –se dijo–. Se hace camino al andar”. ...y Ella se calzó las botas, cogió el bordón y la mochila y se fue a la frontera de Francia.

El sol se iba elevando, y con su luz definía más los claros y las sombras sobre la tierra. Eran las 8 de la mañana. Cargó sobre su espalda la mochila y emprendió la bajada al valle; recorrerlo le llevaría todo el día.

Caminar y pensar, pensar y caminar. Parecía un reflejo condicionado. No quería música, ni chacharas, el paisaje era más que suficiente para la amenidad. Había dejado atrás muchas tierras (Aragón, Navarra, Rioja, Castilla...) comprobando lo maravilloso

de su país visto de cerca, o la solidaridad de las gentes, que le hizo reconciliarse con el género humano. Había visto Arte, mucho Arte, en humildes ermitas y en grandes catedrales. Había convivido en los albergues con muchos tipos de personas: extranjeros, ateos, presidiarios, vagabundos, niños, viejos, místicos, exotéricos, jóvenes estudiantes... todos con su inquietud, sus preguntas o sus búsquedas.

Un día, Ella se perdió en una tormenta de granizo.

Otro, se encontró en un puente romano.

Se atemorizó y tembló con el aullido de lobos en Montes de Oca.

Ayudó a curar los pies de otros peregrinos

Confortó algún ánimo desesperanzado.

¡A saber lo que le esperaba más adelante...!

Pero, en este día, Ella había llegado a El Bierzo, y allí le pareció estar en el cielo. Prados llenos de flores silvestres, laderas esmaltadas de jaras aromáticas, ríos claros, limpios, brillando al sol, colonias de cigüeñas, valles de silencio donde no existen postes ni cables o motores... solo pájaros, flores y cerezos, o castaños, que entonces estaban en flor.

¿Cuántos días llevaba caminando? ¿Veinte? Le daba igual; ¿para qué quería saberlo...? No tenía prisa, Ella estaba descubriendo que es tan placentero el logro como los pasos que te llevan a él.

Le costó dejar atrás esa zona berciana, aunque eso supusiese entrar en Galicia. Ya estaba más cerca. ¿Llegaría por fin a Santiago?

El puerto de O Cebreiro fue un auténtico hito en su camino. Fue duro llegar a su cumbre, pero también muy satisfactorio.

Ya confió en sus fuerzas.

Ya creyó en sus capacidades.

Ya sabía medir las distancias verdaderas (paso a paso).

Ya superó los temores, el hambre, la sed, las inclemencias de tiempo... Ya aceptaba la resignación o la impotencia.

Ya experimentaba la solidaridad o el compañerismo.

O los reencuentros llenos de alegría...

Al fin llegaba a Santiago. Y Ella llegó; abrazó al Santo y percibió que no era la fe la que la tenía absorta en aquella catedral de catedrales, ni el hecho de haber sido formada en la religión católica: Ella estaba recordando a aquellos dos peregrinos que le

habían despertado la curiosidad y que, de algún recóndito modo, la habían lanzado a descubrir y vivir una experiencia única y hermosa como pocas.

Y comprendió como Kavafis lo que significan las Ítacas.

Ella vio claro como la luz que también Santiago era el Camino.

Y volvió a su casa con grandes tesoros, impalpables, pero imperecederos.